

para sustentar sus propios planteamientos y contestar, con diferencia de siglos, a Aristóteles.

En efecto, el Peripatético cree que conoce, que él mismo sabe, en tanto los presocráticos (Protágoras, ante todo) cedían la verdad a los dioses y dejaban al hombre la mera *doxa*, que es verosímil y conjetural, hipotética y, en términos popperianos, falsable. Si conociéramos la verdad no podríamos decirla, ni nos daríamos cuenta de estar en su posesión.

Todo saber, para evitar una caída en la infinita fundamentación, parte de una convención de certidumbre y de ahí en más se construye como una serie de certezas convencionales que rinden examen ante la razón. No otra cosa es el saber para Popper y al pedir corroboraciones a los presocráticos, de alguna manera, está diciéndonos que ese es el saber de Occidente: laico, crítico, provisorio e histórico.

La diversidad de conocimientos de sir Karl, la inteligencia para reunirlos y hacerlos dialogar, la amabilidad de la exposición hacen, según es de esperar, el resto.

Cinzel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX), José Manuel Sánchez Ron, *Taurus*, Madrid, 1999, 468 pp.

Tres líneas de constancia organizan el libro de Sánchez Ron: la evo-

lución local de cada ciencia considerada, las biografías de los principales profesores e investigadores de cada una de ellas y lo que podríamos denominar historia externa de la ciencia: las relaciones entre las instituciones científicas y los vaivenes de la política científica puntual de cada gobierno y la política general española.

En este último sentido, hay capítulos que recogen buena parte de la parábola intelectual del país: las peleas entre el clericalismo católico y los liberales laicos del institucionismo; el escaso desarrollo industrial español hasta los años sesenta y su reflejo en la tímida estimulación empresarial a la investigación; la sumisión de los cuadros científicos al control ideológico del primer franquismo, dominado por el autarquismo falangista y la militancia nacional-católica; la obra de los científicos republicanos exilados; las vinculaciones entre tecnologías aplicadas (aeronáutica, energía nuclear, ingeniería biológica, etc.) y tecnocracia desarrollista; etc.

Sánchez Ron ha debido manejar una documentación aplastante, en parte ya procesada por numerosos autores que le antecedieron, en parte leída de primera mano. Su deriva exige saber de las disciplinas particulares y de historia general, para establecer las conexiones del caso. El resultado es un texto que vale tanto para la consulta pormenorizada y el examen bibliográfico, como para la evocación de las grandes

figuras individuales (Cajal, Cabrera, Bolívar, Ochoa, etc.) y una fluida narración de los avatares científicos de España, sin olvidar la guerra al tópico de la incapacidad paradójicamente genial de los españoles para las ciencias puras y aplicadas.

Leteo. Arte y crítica del olvido, Harald Weinrich, traducción de Carlos Fortea, Siruela, Madrid, 1999, 406 pp.

Lete, deidad del olvido, era hermana de Mnemosyne, deidad de la memoria y madre de las musas. No es casual esta asociación de familia hecha por los griegos. La historia de la pareja así lo demuestra, y es la que intenta Weinrich en su libro. Ante todo por perfilar un arte del olvido (*ars oblivionis*) simétrico al arte de la memoria (*mnemotécnica*), algo en principio imposible pues todo signo es presencia, nunca ausencia. Tratar de olvidar algo es fijarlo.

Es cuando aparece el inconsciente. Primero con san Agustín, luego con el psicoanálisis. Recordar que se ha olvidado permite al olvido labrar el pasado y constituir la historia. Se olvida lo que duele, lo insoportable, lo maligno. Se cambia de lugar, se pierde espacio: el que pierde un sitio, olvida.

Por otra parte, así como la cultura tradicional privilegia la memoria, la modernidad la critica: lo que se

sabe de memoria no se sabe, la información no es cultura. Aún más: desde Montaigne hasta la sofocante era de la informática, conviene ejercitar una suerte de oblivionismo científico y olvidar lo superfluo y redundante. Nietzsche y Joyce, un poco antes de las computadoras, recomendaron olvidar la historia para recuperar la espontaneidad de la existencia y descargarnos de la difunta herencia que es el pasado. Con todo, la vida social sería inviable sin memoria, sin un patrimonio común de representaciones, pero siempre que la obsesión por recordar no impida pensar. Funes el memorioso, justamente, no podía pensar porque no podía olvidar. De última, lo que llamamos realidad es lo que recordamos, es decir lo que hemos logrado no olvidar gracias a todo lo que hemos olvidado.

En suma: tema cardinal si los hay, tratado y retratado en incontables fuentes a lo largo de los siglos, como lo exhibe Weinrich con ritmo y amenidad, sin olvidar todo lo olvidable para que lo memorable se torne inolvidable.

El botón de Pushkin, Serena Vitale, traducción de María Ángeles Cabré, Muchnik, Barcelona, 1999, 387 pp.

El final de Pushkin parece una novela versificada de Pushkin. Sin

duda, esta similitud llevó a la profesora Vitale a investigar con prolijidad detectivesca esa etapa de la biografía pushkiniana, a veces con cierto deslizamiento hacia la novela, pero siempre respetando lo documentado y lo meramente conjetural.

Pushkin murió a causa de una gangrena abdominal provocada por una herida recibida en duelo con un oficial francés, de apellido folletinesco: Dantés, como el apócrifo conde de Montecristo. Se le atribuirían amores con la mujer de Pushkin, que causaron un auténtico delirio celotípico en el poeta, escondido tras puertas propicias, apagando luces y dejando huellas de carbón en los labios de su esposa para obtener pruebas del adulterio. Lo cierto es que Dantés era amante del embajador de Holanda y se casó con una cuñada de Pushkin, quizás liada con el escritor. La bala que éste disparó en el aciago duelo dio en un botón de la chaqueta del otro y así se salvó la vida. Natalie, madame Pouschkine, era muy hermosa, muy tonta y

muy vacilona, receptora de cortejos varios y admiraciones, del zar para abajo. El ser amado, como en una novela romántica, es fugitivo, imprevisible, objeto de la imaginación delirante.

Liberal y ateo, Pushkin recibió honras multitudinarias dignas de un santo. La xenofobia movió al pueblo contra el francés, acusado de asesinato. Levemente herido, éste marchó expulsado fuera de Rusia. La viuda se volvió a casar y siguió vacilando y teniendo hijos. Con los años, los comunistas inventaron la leyenda de un complot urdido contra el intelectual progresista por la corte y los reaccionarios. Vitale desmonta la especie y propone una suerte de tesis: lo único inteligible de la vida es lo que se puede contar. Podemos inteligir la vida de Pushkin, su agonía, sus funerales y su doble santificación a partir de las novelas de Pushkin, como aquella en que el poeta Lenski muere en duelo con el desnortado Oneguín.

B. M.